

## EL LUGAR

Es difícil imaginar ningún hecho arquitectónico sin referencia a una ubicación y —entendido más ampliamente— a un lugar. Lugar en un sentido global, como unidad formada por materia, forma, textura y color. Es desde esta condición donde la arquitectura encuentra uno de sus propósitos más profundos: su vocación de crear lugar. El presente número de ARQUITECTURA está orientado a la reflexión en torno a la arquitectura con *vocación* de lugar. Obras que tuvieron como premisa inicial y generadora la voluntad de definirse a partir de las solicitaciones que el entorno en que se encontraban sugería. Solicitaciones en algunos casos físicas —alineaciones, límites urbanos, topografía...— y en otras ocasiones culturales, pero siempre características de las condiciones concretas de un lugar.

No es casual que el proyecto de edificio de oficinas en Sevilla de Rafael Moneo se haya originado desde la fachada, la relación de la ciudad al río y el diálogo con la vecina Torre del Oro, antes que en el desarrollo de la planta. La planta no es aquí la generadora, sino el alzado y la voluntad de recrear en el edificio una arquitectura que recoge las sugerencias de los condicionantes del lugar urbano.

Las obras de Juan Navarro Baldeweg en Madrid y Murcia —opuestas a las de Moneo en sus planteamientos formales y de lenguaje— coinciden sin embargo con la anterior en el respeto por las características de un entorno urbano —la Puerta de Toledo, o los Molinos del río Segura— no sólo como referencia a una situación singular en la ciudad sino, ante todo, como decidido germen del desarrollo y aproximación al proceso proyectual, desde la voluntad de crear un lugar. Así, en el Centro de Servicios Sociales, es la disposición del edificio junto a la futura biblioteca en relación a la Puerta de Toledo el planteamiento que ordena el proyecto desde la búsqueda de un equilibrio de volúmenes y el cuidado de la escala urbana. En Murcia el diálogo entre la respetuosa recuperación de los Molinos del Segura y el desarro-

llo de una arquitectura adicional superpuesta hace convivir la continuidad lineal de los antiguos molinos con los nuevos espacios independientes.

El proyecto de Feduchi, concebido originalmente a partir de la propuesta del propio Navarro en el concurso de ordenación del área de San Francisco el Grande, recoge también como deseo prioritario la disposición del edificio en sus ejes y formas como respuesta a los edificios circundantes en busca de una armónica integración con el entorno. Asimismo, el proyecto de la Plaza de la Corredera en Mombeltrán, de Cortés y Muñoz, desarrolla en planta una forma autónoma que por su dimensión y situación relaciona y ordena los espacios de alrededor.

Las obras que de Alvaro Siza y de Robert Venturi se muestran en este número, suponen el contrapunto a los casos anteriores en que las raíces culturales asociadas a un determinado lugar coincidían con el ámbito en que habitualmente se han venido desarrollando la obra de sus autores. El proyecto de Siza en La Haya —lejano en el espacio y en su entorno cultural a su país de origen— pequeño en escala, recoge de modo sutil la sensibilidad de su autor hacia las circunstancias del lugar. En el caso de Venturi se plantea la intervención en un sitio tan significado como Trafalgar Square de Londres, con una controvertida propuesta donde el diálogo con el edificio de la National Gallery, de la cual es ampliación, se establece desde una irónica interpretación del lenguaje clásico, característico del arquitecto norteamericano.

Pese a la diversidad de situaciones y resultados, todas ellas son propuestas que pueden ser entendidas desde el mismo punto de vista. Si, necesariamente, este punto de vista es parcial, ello no hace más que corroborar la complejidad de una disciplina cuyos mecanismos proyectuales surgen de distintos orígenes no siempre igualmente coherentes. Pero pensamos que la arquitectura no debe olvidar uno de sus más ciertos propósitos, el lograr que un sitio se convierta en *lugar*.